

sucitarán los muertos. Será la resurrección final. Y, faltando desde entonces la misa, iremos a encontrarla de nuevo, gloriosa y feliz, donde la vio san Juan en su celestial aparición, en la eternidad.

MONSEÑOR BAUNARD

DE NUESTRA ALMA UNIVERSIDAD

En un hermoso libro titulado: *Centenario de la Universidad de Antioquia* publicó el señor doctor Emilio Robledo la mayor parte de los bocetos de los rectores de la Universidad de Antioquia y ahora acaba de publicar el doctor Julio César García en Medellín un libro con el título *De nuestra alma Universidad* que contiene los bocetos biográficos de los rectores de este ilustre centro literario y científico que se llama Universidad de Antioquia. Como el doctor Robledo, historiador muy distinguido, ha escrito además otro libro titulado *Historia de la medicina de Antioquia* dejamos para otro día escribir sobre las obras muy interesantes de este ilustre médico y ex-gobernador del departamento de Caldas.

Julio César García es doctor en filosofía y letras del Colegio del Rosario y es uno de los escritores que hoy llaman más la atención por su estilo clásico y por su ilustración literaria; y que a pesar de ser muy joven, posee ya una erudición histórica que sin exageración podríamos calificar de admirable. Director del *Colombiano* de Medellín ha librado campañas políticas intensas y ha conseguido poner ese diario a la altura de los mejores del país, y no obstante el tener que dirigir un periódico como éste que requiere una labor constante e inteligente, su actividad le permite escribir un libro como el que acaba de publicar, lleno de datos

interesantísimos, de rectificaciones históricas, de imparcialidad y de justicia.

Al leer este estudio nos parece como si Julio César García hubiera tenido presente al escribirlo la bella expresión de Tucídides, de que «la historia debe ser obra hecha para la eternidad.»

El modo como se inició la vida intelectual de Antioquia es algo que honra altamente a aquellos hombres de la colonia y a los primeros próceres de nuestra patria chica. Hubo un momento de entusiasmo colectivo por la instrucción pública y ricos y pobres contribuyeron con sus donaciones unos, con su trabajo personal otros, para la educación del pueblo que había de dar a la República desde los primeros días de la independencia a los Restrepos, a Zea, a Girardot, a Liborio Mejía, a los Córdobas, a los Jaramillos, a los Gómez, a los de la Calle, a los Duques, a los Hoyos, a los Jiménez, y a tantos que en la tribuna o en los campos de batalla lucieron sus grandes dotes oratorias o mostraron el arrojo singular de su raza varonil, indomable y enérgica.

Fueron don Juan José Callejas, don Diego Castriellón, don Juan Esteban Ramos, el Vicario eclesiástico, doctor Juan Salvador de Villa; Joaquín Bernardo Vergara, José Joaquín Tirado, Miguel Fernández de la Torre, Miguel Jerónimo de Posada, Miguel y Carlos José Gaviria, Joaquín Sañudo, José Miguel Restrepo y otros muchos los que desde 1793 con donaciones que ascendieron a veintinueve mil setecientos pesos (\$ 29,700) y con memoriales y entusiasmo, los que fundaron la que puede llamarse la base de la instrucción pública en Antioquia. Y para construir el edificio en donde debían dictarse las enseñanzas no solamente éstos sino los vecinos de Envigado, Hato Viejo, Guayabal, Otra Banda, San Cristóbal y Aguacatal, contribuyeron con bestias y peones para el acarreo de los materiales de cons-

trucción. Era la raza que comenzaba a esbozarse y que después ha seguido mostrándose tan generosa en estas materias de verdadero progreso. Aparecen luego los Uribes, los Pinillos, los Pizanos y José Antonio Callejas que continúan la obra emprendida por sus mayores; y cuando el gran Aranzazu, que puede figurar al lado de Mon y Velarde, de Silvestre Sánchez y de Berrio, propuso traer un profesor extranjero que enseñara química y mineralogía en Medellín, de todas las poblaciones de Antioquia hubo ofertas generosas para contribuir por el término de tres años (3) al pago del profesor «que se buscaba entonces en los centros científicos más acreditados de Europa y en breve plazo ascendió la suma recogida para el primer año a tres mil novecientos pesos (\$ 3,900).

Y ahora que se habla tanto de acción social, recordamos que fue en Antioquia, hace cerca de treinta (30) años, en donde don Marco Antonio Santamaría dejó en su testamento el dinero suficiente para construir veinticuatro (24) casas para familias pobres y una sala en el Hospital de San Juan de Dios; que luego siguió la Sociedad de San Vicente y construyó también habitaciones con el mismo objeto; que don Carlos C. Amador dejó dinero para fundar el Banco Prendario Municipal y aliviar de esa suerte a los necesitados; que don Alonso Angel regaló terrenos a los obreros liberales y conservadores para que edificaran casas; que el Hospital de San Vicente, que cuesta cerca de un millón de pesos (\$ 1.000,000) ha sido construido en su mayor parte con donaciones hasta por el valor de ochenta mil pesos (\$ 80.000) de una sola persona; con el centavo de navidad inventado por una señorita de Medellín, y esta obra a que don Alejandro Echavarría, otro gran filántropo, ha dedicado con amor y entusiasmo la ma-

yor parte de sus actividades y de su espíritu caritativo, está ya para terminarse; que nada han costado al Tesoro nacional las estatuas del Libertador y de Berrió y que puede decirse que no hay antioqueño rico que no deje en su testamento donaciones para el hospital de su pueblo y para obras públicas. Y es el caso de recordar aquí el hecho de que Julio Vélez que a fuerza de una labor constante había adquirido veinte mil pesos (\$ 20,000) dejó al morir diez mil (10,000) para su madre y diez mil para el Hospital de San Vicente.

Ojalá que los otros departamentos de Colombia pudieran mostrar ejemplos como los de Antioquia, de amor a la instrucción y a las obras de utilidad pública. Y en materia de progreso material ya se sabe que Antioquia y Caldas han construido sus ferrocarriles por su propia cuenta y apenas auxiliados con pequeñas sumas por el Gobierno nacional. Los kilómetros del ferrocarril de Antioquia costaron a cuarenta y ocho mil dólares uno con otro y apenas contribuía la Nación con diez mil pesos por kilómetro; y ahora que suena por ahí la mezquina insinuación de que se excluya a los antioqueños y caldenses de los puestos públicos, estamos seguros de que aquellos a quienes el general Ospina ha llamado a cooperar en su gobierno en cualquier momento podrían renunciar en masa esos destinos y volverían a su tierra a trabajar por su bienestar personal y por el de la patria que sus antepasados ayudaron a fundar con su dinero, en los campos de batalla y en los congresos de la Gran Colombia. El doctor García comienza los bocetos biográficos con el de fray Rafael de la Serna, el español que abrió escuelas de primeras letras y aula pública de gramática, de latín, filosofía y teología y que fue preceptor de muchos jóvenes, hijos de padres pobres y ricos que han entrado al curso de esta facultad, según se lee en el libro de

Nuestra alma Universidad. A este ilustre religioso que puede llamarse fundador del instituto, dedica el historiador frases muy encomiásticas y merecidas.

El boceto del doctor Miguel Uribe Restrepo tiene datos muy interesantes sobre los méritos de tan eximio hombre público. Orador distinguidísimo, inteligente, progresista y a veces hasta loco. Podría haber servido como uno de los tipos que escogió Lombroso para su desacreditada teoría sobre la locura del genio.

Los bocetos de don Félix de Restrepo y de Caldas nos hacen recordar los vínculos que en materia de instrucción unen a los pueblos de Antioquia y del Cauca. Educó Restrepo a varios caucanos, después ilustres, que atendieron y siguieron sus enseñanzas en Popayán en donde dejó el recuerdo de su ilustración, de su carácter amable y de la integridad de su espíritu. Educó Caldas en Medellín a muchos que después fueron insignes ciudadanos como los Jaramillos, Alejandro Vélez, Juan María Gómez, Pedro Uribe y otros.

Y le pagó Antioquia éste y otros grandes servicios con el nombramiento de representante a la Cámara provincial y el de conservar su nombre en el de poblaciones, plazas, puentes y calles, y más que todo con la gratitud a su memoria que ha venido perpetuándose en los hijos de la montaña.

Y en épocas posteriores fue profesor por mucho tiempo en la Universidad del Cauca, el presbítero antioqueño doctor Jesús María Cadavid y de quien hemos oído hablar con cariñoso recuerdo a algunos de sus discípulos.

Medellín acogió y tributó honores a caucanos de la talla de Martínez Benítez, Manuel Vicente de la Roche y a artistas como Viteri y los Vidales que hicieron de Antioquia su segunda patria. Y hoy mismo el eminente médico doctor Jorge Enrique Delgado vive en

esa capital respetado y querido por la sociedad que ha sabido apreciar las condiciones de ese gran corazón y de ese espíritu selecto.

Oportuno nos parece también hacer constar que de los cincuenta y dos (52) rectores que ha habido en la Universidad de Antioquia (1), tres de ellos han sido caucanos: Caldas, Jorge Juan Hoyos y Ramón Martínez Benítez; uno de Monpós, Emeterio Ospino; y seis (6) cundinamarqueses: doctor Mariano Ospina Rodríguez, Antonio Mendoza, Timoteo Duarte, Juan N. Pontón, José María Galavis y Tomás Herrán. Prueba más que concluyente para destruir la leyenda del regionalismo antioqueño. Aún más: a dirigir el Colegio de Rionegro vino de Vélez el doctor Mariano Olarte indicado por don Sinforoso García, también santandereano radicado en Antioquia en donde tuvo grandes influencias políticas y sociales y quien casó en la ciudad de los Córdoba con una de las bellas hijas de don José María Montoya, ese patriota antioqueño que dio a la República hombres distinguidísimos en industrias, en comercio y en política y en cuya descendencia figuran hoy altísimos exponentes de la cultura nacional. El doctor Olarte educó a muchos jóvenes de Rionegro que después fueron hombres importantes y lo mismo que el doctor García, contrajo matrimonio con otra antioqueña, doña Margarita Lince, dama distinguidísima y perteneciente a una de las familias más honorables de Rionegro. Y los Garcías y los Olartes descendientes de esos dos distinguidísimos santandereanos, son hoy antioqueños, héroes del trabajo unos, doctos en letras y ciencias otros.

Y no obstante el que los rectores de la Universidad pertenecen a diversos partidos políticos, el histo-

(1) Doce de ellos fueron alumnos del Colegio del Rosario.

riador García juzga las actuaciones de éstos con imparcialidad y justicia como lo observamos al comenzar este escrito.

Y cómo es de grato y de confortante para el espíritu el leer y releer las vidas de hombres como Caldas, José Félix de Restrepo, Mariano Ospina Rodríguez, Berrío, Martínez, Benítez, Román de Hoyos, José Cosme Zuleta, Gómez Angel, Tomás Herrán y de tantos otros que desfilan por las páginas de este libro magnífico, como seres que iluminaron las mentes de sus discípulos y diéronles ejemplos de amplio y verdadero patriotismo; y en la iniciativa de los esfuerzos y donaciones para la educación pueden ver muchos de los que figuran en Antioquia como hombres importantes, a los ascendientes que fueron factores en esa obra trascendental que fijó los destinos de la tierra antioqueña.

Se habló hace poco de la centralización de las escuelas profesionales y esto nos sugiere la idea de preguntar por lo menos en lo que respecta a Antioquia y para no hablar sino de algunos, en qué escuela de jurisprudencia se educaron Dionisio Arango y Luis M. Isaza, Rafael Navarro y Euse, Baltasar Botero Uribe y Julián Cokc Bayer, magistrado actualmente el primero y ex-magistrados los otros de la Suprema Corte de Justicia? Y en dónde Luis M. Mejía Alvarez, Clodomiro Ramírez, Alejandro Botero Uribe, Marcelino Arango y Esteban Jaramillo, ex-ministros de Estado, y el gran jurista Fernando Vélez y Antonio José Restrepo, Libardo López, Nicolás Mendoza, Francisco E. Tobar, Ramón Correa, Antonio José Montoya, Daniel Uribe del Valle, Lázaro Tobón, Eusebio Robledo, Juan E. Martínez, Joaquín Agudelo, Miguel Jiménez Jaramillo, Francisco de P. Pérez, Alejandro Múnera, Obdulio Palacios, Tobias Jiménez, Julio E. Botero, Ricardo Jiménez Jaramillo, Uribe Echeverri y tantos otros, dónde estudiaron?

Y en qué escuela de medicina se educaron Miguel María Calle, Alfonso Castro, Emilio Quevedo, Nepomuceno Jiménez, Emilio Robledo, Luciano Restrepo, Juan Saldarriaga, Lisandro Posada Berrio, Emilio Jaramillo, Pedro Nel Cardona y otros que ejercen su profesión en Medellín con éxito y con brillo?

Y en qué escuela de ingeniería estudiaron Alejandro López, José María Jaramillo Martínez, Carlos Gómez, Luis Felipe Osorio, Eugenio Gómez, Jesús Jiménez Jaramillo, Vicente Posada Gaviria, Daniel E. de Márquez y Antonio Álvarez?

Terminamos estas líneas haciendo nuestras las hermosas frases con que el doctor Julio César García termina su magnífica obra: «Ya he dicho en otra ocasión del recinto sagrado que esos muros circuyen que es santuario del progreso intelectual de Antioquia, confidente y testigo del esfuerzo de muchas generaciones de hombres ilustres por arrancar a la ciencia el secreto que ha servido en más de una ocasión como punto de toque en el incremento de la patria.

Ave magna parens.»

EDUARDO ZULETA

(De *La Crónica*)



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico